

xico. Como problema conexo se hallan los sistemas de impuestos, injustos y defectuosos, cuya reforma está muy lejos de lograrse.

## LA INCÓGNITA DEL ÁFRICA

MODESTO SEARA VÁZQUEZ

*de la Universidad Nacional de México*

LOS QUE QUIERAN encontrar en este libro\* un examen completo del problema africano, verán sus esperanzas defraudadas. No nos muestra la evolución del continente africano en forma suficientemente clara como para que podamos darnos una idea de por qué una sociedad (o mejor sociedades) que en algunos aspectos llegaron a indudables avances, se mantuvieran en otros atrasadas y cayeran presa de la dominación europea. Es incompleta, en nuestra opinión, esta obra, en su reducción del África al África negra, sin tomar en cuenta el África blanca, cuyas aspiraciones y mentalidad son distintas y a veces contradictorias. Esperábamos también un estudio más concreto y más profundo de los sistemas políticos y sociales típicamente africanos (tribus, chefferies, estados), lo mismo que una visión más sistemática de la lucha por la independencia y los movimientos políticos (no me atrevería a llamarlos partidos) que en ella intervienen, así como de las directivas que siguen y de las dificultades con que tropiezan los Estados africanos que ahora se enfrentan con las tareas del autogobierno.

Hechas estas reservas, debemos sin embargo aconsejar vivamente la lectura de esta obra que, en una época en que tanto abundan las visiones periodísticas y superficiales del África, tiene el gran mérito de haber sido escrita por un africano que nos ofrece un ángulo del continente negro que muy pocas obras nos han mostrado (las únicas excepciones serían quizá *Frente al Monte Kenia*, de Jomo Kenyatta, y *Ghana: Autobiografía*, de Kwane Nkrumah).

Ndabaningi Sithole nos ofrece un trabajo que más que *Nacionalismo Africano* (título de la primera edición), o *El reto de África*, debiera haberse llamado "Estudio del alma africana", para poder expresar bien su carácter. En este sen-

\* *El reto de África*, por N. SITHOLE, Fondo de Cultura Económica, 1961.

tido, hasta el primer capítulo (Introducción autobiográfica) sirve para presentarnos las intimidades de una mentalidad africana, tan poco conocida.

El estilo, llano y sencillo, utilizando a menudo las anécdotas y las comparaciones para mejor explicar los problemas, está dirigido al hombre de cultura mediana. A veces infantil, conserva siempre el sabor de una obra que, más que producto de un hombre, parece surgida del pueblo.

Nos parece inútil ese empeño que se observa a todo lo largo del libro de tratar de justificar el nacionalismo africano, que no necesita justificaciones, y preferimos conocer algo más acerca de cómo se ha producido. Se nos habla de Sekou Touré y de Nkrumah, pero no se dice nada de sus diferencias con los otros dirigentes que podemos calificar de pro-occidentales. El mundo musulmán queda también en la sombra, lo mismo que el movimiento panafricanista que tuvo, sin embargo, tanta influencia en el despertar de esos pueblos.

Es indudable que la segunda Guerra Mundial fue de importancia capital para la independencia de las naciones negras, pero creemos que el autor pone el acento demasiado en un aumento de fuerza y en una toma de conciencia, que tienen su complemento decisivo en el debilitamiento del mundo europeo y, sobre todo, en la aparición del bloque comunista, que ligaba las manos de las potencias colonialistas al aparecer como rival de ellas en la expansión mundial.

El africano no condena al blanco porque sea de color distinto que él, sino porque trata de dominarlo; en consecuencia, el único obstáculo para llegar a un entendimiento entre ambas razas es esa sed de dominio que los africanos no pueden permitir. Los blancos siguieron una política de discriminación racial de hecho, y allí donde las leyes prohibían dicha discriminación, no faltaban argucias legales para mantener en un estado inferior a los africanos. Estas medidas comprendían la restricción del derecho de voto, las medidas económicas que los colocaban en posición desigual, o las diferencias de orden cultural que no les daban las mismas oportunidades que a los blancos.

Pero el despertar era inevitable: el aumento en la cultura era lento pero seguro. Algunos salieron al extranjero y vieron a países adelantados, y empezaron a comprender la injusticia de que eran objeto; otros iban mejorando su posición económica y aumentando su fuerza. En fin, en el cuadro mundial, el movimiento emancipador de los pueblos cobrada cada vez más fuerza, y las naciones asiáticas, que hacía poco tiempo habían accedido a la independencia, no podían sino

ver con simpatía los esfuerzos de los países que trataban de seguir su mismo camino. El autor señala también la influencia que la Iglesia cristiana ha tenido en la toma de conciencia del pueblo africano. Sus ideas sobre la unidad de origen y destino de todos los hombres no eran, en efecto, las más adecuadas para mantener subyugados a unos hombres a quienes se decía que eran iguales a los blancos.

Es digno de señalar su preocupación por hacer un estudio imparcial, que le lleva a dedicar un capítulo al "Papel positivo del colonialismo", en el que desarrolla un razonamiento curioso, afirmando que la civilización de África por los europeos dio a aquélla los medios de hacerse independiente. De modo más o menos voluntario, sigue el método dialéctico hegeliano: las potencias europeas, en virtud del Acta de Berlín (1885), se reparten el continente negro con el propósito de someter sus riquezas a una explotación sistemática (Tesis); pero, como consecuencia, ponen en práctica un programa de civilización de las masas africanas, por diversos motivos, que pueden ser el deseo de aumentar su cultura para producir cierta asimilación a su modo de vida, o simplemente una preocupación económica de aumentar su rendimiento (Antítesis); el resultado de este aumento de cultura produce la toma de conciencia del pueblo africano con su resultado lógico de un nacionalismo antiblanco, cuando el blanco significa opresión (Síntesis).

Con toda honestidad aclara el autor los aspectos en que la colonización blanca benefició al hombre africano: terminación de la esclavitud y de las luchas tribales, difusión de la cultura, unificación lingüística, mejora de los métodos de trabajo en la agricultura, descubrimiento y puesta en explotación de los recursos minerales, desarrollo de las comunicaciones, sustitución de una economía monetaria moderna a la antigua del simple trueque, etc. En varios capítulos se aplica a atacar los prejuicios comunes en los países blancos, acerca de la inexistencia en África de las ideas de democracia y libertad, recurriendo para ello a la filología y demostrando que las palabras de "libertad", "esclavitud" eran anteriores a la conquista europea.

Respecto a la posición de África ante el comunismo, no cree Sithole que pueda encontrar allí un campo de expansión. Basa su creencia en el convencimiento de que los africanos consideran al comunismo como un medio de opresión que no se diferencia mucho de la opresión blanca. Su razonamiento no parece completamente convincente, pues la historia nos prueba que muchos pueblos que acudían en busca de auxilio

a un pueblo distinto del que los dominaba, acababan cayendo bajo la férula del liberador. En fin, creemos que hubiera sido interesante que enfocara esta cuestión desde el punto de vista de las instituciones tradicionales: en muchas regiones la estructura social y las formas de propiedad, sobre todo de las tierras, adoptan formas comunitarias que no se diferencian mucho de las comunistas; por ello, como declaraba Gizenga hace algunas semanas al diario *Le Monde*, los africanos no tienen necesidad de recurrir a fórmulas extrañas.

Las observaciones psicológicas contenidas en el capítulo XII, y que hacen referencia al nacimiento y destrucción del mito de la superioridad del hombre blanco, aclaran de modo interesante la evolución que sufrió el alma africana: los hombres blancos, que aparecieron en un principio como seres superiores, fueron revelando las flaquezas de todos los hombres y destruyendo por sí mismos el mito que se había construido en torno suyo. Un día los africanos se dieron cuenta de que los blancos eran hombres como ellos, y que la única diferencia era de tipo cultural, diferencia que podía ser subsanada, como en realidad lo está siendo. Desde ese momento no tenía razón de ser el sometimiento a tales seres, y por eso nació el movimiento que pronto adquirió amplitud continental.

En fin, quisiéramos todavía hacer otra observación: el autor estudia la mentalidad africana de un modo unitario, y no señala suficientemente las diferencias que existen entre los diferentes pueblos del continente europeo; entre un bereber y un kikuyu, por ejemplo, hay tanta diferencia como puede haber entre un sueco y un bereber.

De modo general, constituye este libro un documento interesantísimo, por reflejar una mentalidad africana cuyo conocimiento podrá hacernos comprender mejor el porqué de las convulsiones político-sociales del África que hasta ayer estaba en las sombras.